

SANCHO PANZA

RETRATO DEL ESCUDERO DE
DON QUIJOTE DE LA MANCHA,
HECHO A NUEVA MANERA.

Si Alonso Quijano el Bueno murió para no levantarse más; si por tierras manchegas, bien por escarmiento de las palizas y manteaduras de Don Quijote ó por agotamiento de energías románticas, que tuvieron su último florecer en el Caballero de la Triste Figura, no aparece un émulo de Amadis de Gaula ni nadie pretende reverdecer laureles marchitos, no ocurrió lo mismo á su buen escudero, que no murió, para servir de freno á caballeros descabezados y á hidalgos fanfarrones y encarnando en generaciones sucesivas, llegó hasta nosotros sin detrimento de su espíritu, incapaz de grandes hazañas, como incapaz de grandes males, pronto a cometer una acción mezquina, sin valor para acometer de frente y con majeza una empresa digna y sonada, que dando en tierra con su humanidad, llevara sus nombres de unos labios en otros, como iban los de los caballeros de la edad romántica, envueltos en la aureola brillante de una apoteosis definitiva.



GABRIEL GARCIA MAROTO

Sancho Panza vive; también vive Teresa, su mujer y de su matrimonio, tiene á más de la hija mentada en la novela de Cervantes, hasta media docena de chicuelos sucios y mocosos, que juegan al sol en la calle, y duermen con el rucí en la cuadra.

Sigue teniendo Sancho una cara redonda, una barba espesa y gris, una sonrisa socarrona y cazorra, y un guiño en sus ojuelos, que son como dos puntitos de fuego entre la negrura de sus

cejas.

Vive en Villanueva de los Infantes, en La Solana, en Argamasilla de Alba ó en la Mota del Cuervo; tiene unas viñas que él cuida y mima, tiene unos olivos y tierras de secano, y bajo el porche de su casa, unas tinajas de Villarrobledo donde hace unas arrobos de vino que vende al menudeo, con medidas escasas, y un cristianismo exagerado.

Tiene fama de pícaro y lo es; sabe decir canciones picantes á las mozas, y tiene en sus labios un refrán castizo, que es como una sentencia justa.

Sus decires alegres y sus refranes substanciosos le dieron fama de sabio pardo, y cuando en las bodas, luego de haber yantado y bebido de lo lindo, los hombres se animan y se alegran las mozas, él sabe también cantar una copla de fina sátira que suele inventar para esos casos.

Porque es miserable y ruín, tiene fama de rico; unos cuartos dados á unos pobres arrieros á no bajo interés previa hipoteca, le han hecho usurero, y la boda de su hija mayor celebrada con pompa no hace mucho, le emparentaron con la familia del albéitar, no sin prevención por parte de Sancho, que si bien se goza con la novísima parentela en cuanto al viso que el pueblo tendrán sus nietos, no deja de inquietarle su yerno, un hombre sin oficio ni beneficio, más acostumbrado á pasear por los soportales de la plaza, que á dedicarse á algo que pudiera darle honra y provecho.

A fuerza de trabajos y de privaciones, no digo que sea gobernador en efectivo de ninguna Insula Barataria, pero si que lo pasa bastante bien el escudero de Don Quijote; ya no recuerda aquellas locas aventuras de Aldonza Lorenzo, la de la Juena dolorida,

alías la Condesa Trifaldi, ni aun aquella famosa del carro encendido ni aquella nunca ponderada historia de la famosa Micocona.

Sancho Panza sigue siendo como otras veces prevenido y confiado; su mayor goce suele ser charlar de cosas de la tierra el cuarto de los corredores, visitar sus fincas montado en su cin, que es viejo y trapalón, y en recontar las peluconas y de trear los pagarés que pobres vecinos le hicieran en horas de necesidad.

No hablarle de libros de caballerías ni de empresas atrevidas y extrañas; Sancho Panza evoca inconscientemente la aventura de yanguéses, la otra ocurrida á la entrada de Barcelona con el Caballero de la Blanca Luna, y moviendo su cabeza redonda, rascándose la barba en señal de perplejidad, os contestará una conciencia, ó suele espectaros un refrán razonado, con lo cual sino estais tan loco como Don Quijote de la Mancha, os hará consistir de empresas atrevidas, y alejará de vuestro magín toda idea caballerescas y sentimental.

Todos los días al caer el sol y á la vuelta de mi paseo favorito por el camino estrecho del pueblo manchego, suelo encontrar manos á boca con Sancho, que á posadillas de su rucio viene bien de sus viñas de podar los sarmientos, bien del bancal que tiene junto al río y que es su mejor finca y donde limpia de hierbas el trigo candeal, bien del olivar que le da aceite para el aceite Sancho canturrea simple una canción antigua que nos solía de mir cuando niños:

Duérmete niño hermoso
que viene el coco
y se lleva á los niños
que duermen poco.

ó bien aquella otra arrastrada y melosa; como copla andaluza, que suelen cantar las muchachas jugando al corro en las cuatro esquinas:

La niña—á
que vino de Sevilla—á
y traje—ó
un balazo en un brazo—ó
y ahora—á
la cura el cirujano—ó
la niña llora—á.

Don Quijote murió para no levantarse más; ni conjuros le animan, ni le valen exaltaciones; murió, por desgracia, y cuerdo por mayor tristeza, el gesto de desaliento de Alonso Quijano, es de una frialdad sin ejemplo; hay muchos hidalgos desalentados en esta Mancha llena de evocaciones y romanticismos; con Don Quijote acabaron las empresas valerosas y caballerescas; con Don Quijote, cazorro y pícaro está en el alma de estas gentes sin fe que hicieron pesado y material este cotidianísimo desesperante en que agonizan; solo Sancho Panza animó los espíritus de los viejos villanos, que tienen para toda idea noble y redentora un gesto de sus labios maliciosos y expresivos y un guiño de sus ojos pícaros.

Sancho Panza vive en Tomelloso, en La Solana, en Argamasilla de Alba, en Villanueva de los Infantes ó en la Mota del Cuervo; tiene unas viñas que él cuida y mima, tiene unos olivos que le dan aceite para el año y bajo el porche de su casa tiene unas tinajas de Villarrobledo, donde hace unas arrobos de vino que Teresa Panza vende al menudeo, con medidas escasas y un cristianismo exagerado.

Sigue teniendo una cara redonda, una barba espesa y gris á medio afeitar, una sonrisa socarrona y cazorra en sus labios finos, y un guiño malicioso en sus ojuelos, que son como dos puntitos de fuego entre la negrura de sus cejas.

Gabriel GARCIA MAROTO